



# SAN FRANCISCO SOLANO

## luz de Hispanoamérica

LA hagiografía hispana, tan varia y rica, alcanza una dimensión más hacia el eterno periplo divino, cuando el meridiano de la santidad pasa por el descubrimiento y la evangelización de los nuevos mundos que rescató Castilla para la geografía y el cielo.

Si navegantes, soldados y colonos pudieron sentirse atraídos por llamadas terrenas, los religiosos españoles que pasaron la mar tenebrosa sólo llevaban como único móvil la pureza, la generosidad y el heroísmo apostólico. De aquí que su gran aventura perdure siempre, insobornable e impoluta, por encima de la más negra frontera de cualquier miserable leyenda.

El fervor de los creyentes y la admiración de quienes no lo sean es la estela perdurable que los santos hispanos abrieron por los siglos de los siglos desde la proa del primer galeón que pisaron, allá cuando las últimas gaviotas del Finisterre y el definitivo recorte de las costa ibéricas constituían un fabuloso y dramático interrogante.

\* \* \*

Hacia el centro del triángulo que forman en el mapa Sevilla, Córdoba y Granada se alza Montilla, ciudad ilustre de señores y santos, de soleras y viñedos, en cuyos racimos, bajo el cristal de la uva, realiza la naturaleza la mágica y misteriosa operación química de sus néctares más conspicuos.

Allí, en una casa de la villa situada «en un monte alto entre dos cerros», nació Francisco Solano hace cuatrocientos años, cuando la primavera de 1549 apuntaba tímidamente aún entre los pámpanos de los majuelos. Allí recibió el bautismo, las primeras letras y los segundos estudios en aulas ignacianas. Allí trabajó en la huerta de sus mayores y en el lagar paterno. Y allí sintió la llama del Señor y tomó el hábito franciscano.

Vestido de estameña recorre caminos de la Andalucía. Sus pies descalzos son inasequibles a la fatiga. Su corazón desnudo, al desaliento. Predica incansablemente, socorre a los pobres y cuida a los apestados. Y embarca para las Américas el 28 de febrero de 1589, en la flota

velera del virrey del Perú don García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete.

Tiene Solano a la sazón cuarenta años. Es de moreno color, cuerpo recio y ánimo infatigable. Viento en popa, pisa playas vírgenes de Santo Domingo. Después Panamá, la travesía del Callao—donde la mano de Dios le salvó de la furia oceánica—y las tierras nuevas del Perú, del Plata y del Uruguay.

Pobre bagaje lleva: un violín y un crucifijo. Con el instrumento humano deleita, encanta y predispone. Con el resorte divino convierte, bautiza y salva.

Y el siervo de Dios, por fin, salta todos los límites materiales para cruzar el horizonte del milagro. Algunos de sus prodigios han pasado al cancionero y los cantan jubilosamente los montillanos, con música pautada en el alegre grafismo de la copla popular:

«Con el bastón tocaba  
sobre una peña  
y salieron las aguas  
claras y bellas.

Con el cordón tocaba  
los toros bravos  
y al instante quedaban  
nobles y mansos.»

El primer gran evangelizador de Indias, adelantado de misioneros y santos, voló a los cielos desde las mismas tierras ultramarinas, donde había dejado lo mejor de su semilla cristiana.

\* \* \*

Ahora, al punto de los cuatro siglos de su nacimiento, el mundo hispano y americano le rindió en su rincón de lagares y viñas el homenaje del recuerdo, la gratitud y la fe que el santo cordobés supo conquistar con el crucifijo.

Mitras episcopales, uniformes de ministros y embajadores, sayales fraileros, etiquetas aristocráticas, camisas populares, músicas, homilias, pólvoras y canciones, marcaron con su asistencia y su entusiasmo enfervorizado la efemérides gloriosa de su cuarto centenario.

Don Alberto Martín Artajo y don José Ibáñez Martín por la España de hoy y de siempre, don Pedro Radio y don Raúl Porras por la América de siempre y de hoy, rodearon a fray Albino González, obispo de la diócesis. Y los cinco presidentes fueron rodeados a su vez por representaciones de la Iglesia y la administración política, de la literatura y de la diplomacia. Y al fondo, invitados de toda España y América entre miles de montillanos.

San Francisco Solano, en los altares, sonreía. Mientras, innumerables lenguas del mapamundi repetían las jaculatorias y los rezos del santo en el eterno idioma de Castilla.

Montilla.—Casa donde nació San Francisco Solano.

